

Sherlock Holmes y la sabiduría de los muertos

Rodolfo Martínez

PRÓLOGO

Hasta hoy mi pluma ha vacilado ante el papel a la hora de contar el caso en el que Holmes y yo nos vimos envueltos a principios de marzo de 1895. Me movía a ello el respeto por el que fuera mi agente literario y amigo, quien, muy a su pesar, se había visto involucrado en el asunto y cuyo buen nombre no podía yo dejar en entredicho. Es cierto que tal impedimento ha desaparecido hace tiempo, pues unos años atrás él fue tan amable de otorgarme por escrito su permiso para dar a la luz pública el asunto, si bien, pese a todo, seguía siendo lo bastante delicado para no animarme todavía a narrarlo y publicarlo. Sin embargo, su fallecimiento hace menos de un año supone que bien poco se puede inquietar ya por su buen o mal nombre y el escándalo, caso de producirse, difícilmente podrá salpicarlo. Tengamos en cuenta también que pertenecer a una sociedad como aquélla de la que él fue miembro no es considerado de igual manera hoy que a finales del siglo pasado. Las personas cultas de esta época lo miran como uno más de los muchos caprichos de la clase intelectual y artística de la era victoriana. Opinión que, tal y como lo veo, no puede estar más alejada de la realidad. Supongo que los planes del señor Mathers y sus sucesores para dotar de legitimidad sus no sé si llamarlas prácticas han tenido, cuanto menos, el éxito relativo de volverlas, quizá no respetables, pero sin duda sí pintorescas.

Sin embargo, no es ése el único motivo que me ha obligado a permanecer en silencio. Aunque durante mi larga asociación con el señor Sherlock Holmes asistí a asuntos de la índole más extraordinaria, grotesca e incluso inverosímil, pocas veces nos vimos envueltos en un misterio que pusiera más a prueba (aunque en cierto extraño y retorcido modo las confirmara) nuestras concepciones del mundo. En realidad temo, al trasladar esos acontecimientos al papel, que los hombres de esta época los tomen por los desvaríos de un octogenario. Afirmando que no es así, mas, ¿no afirmaré lo mismo aun cuando no fuera cierto? Quizá mi memoria pueda flaquear, pero las notas que en su momento tomé del caso y que fueron muy detalladas están aún a mi disposición (de hecho, las tengo frente a mí mientras escribo esto), y si bien los recuerdos de los acontecimientos más cercanos se desvanecen con rapidez, conservo una imagen nítida y precisa de cuanto aconteció durante el pasado siglo. Pese a todo lo dicho, es muy posible que mi pluma hubiera permanecido silenciosa de no haber sido por un acontecimiento, aparentemente trivial y que, sin embargo, se revelará de enorme trascendencia a medida que vayan leyendo las páginas que siguen.

Hace pocos meses, un joven médico con el que me unía un fuerte lazo de amistad (él había comprado mi consulta en Kensington cuando me retiré del ejercicio de la medicina) volvió de unas vacaciones en los Estados Unidos y se trajo con él varios ejemplares de un *magazine* barato, impreso en papel de pulpa y que contenía varios relatos de ese género llamado horror sobrenatural, torpemente escritos y abundantemente sobreadjetivados. Poco aficionado soy a ese tipo de narraciones, pese a que en mi juventud me pude haber sentido atraído, aunque nunca fascinado, por las imaginaciones febriles del señor Poe, o los gusanos primordiales surgidos de la pluma de Bram Stoker. Hace ya tiempo, sin embargo, que busco descanso en la literatura, no sobresaltos; que cuando abro un libro es para recorrer un territorio familiar y entrañable, no para descubrir que cuanto creía conocer está lleno de esquinas inesperadas. Soy ya viejo, y mi máxima aspiración es pasar con tranquilidad (incluso aceptando el inevitable regusto de aburrimiento que ésta lleva consigo) los años, pocos o muchos, que me quedan por vivir.

Sin embargo, en varios de los cuentos que publicaba esa horrible revista me encontré con datos que sólo podían haber sido obtenidos de una forma. Su autor los disfrazaba como ficción, lo que no me impidió reconocerlos, horrorizado, como el fruto último de los acontecimientos que se iniciaron a finales de febrero de 1895. El apellido del autor no me es del todo desconocido, ni tampoco lo ha resultado para Holmes, a cuya residencia de Sussex envié varias copias de los relatos en cuestión. Su respuesta, característicamente breve e imperativa, no se ha hecho esperar: «Creo que ya es hora de que el mundo lo sepa, Watson», en una letra a la que los años no han vuelto más vacilante o menos peculiar. Sí, yo también creo que ha llegado el momento.

Por lo tanto, en este mes de mayo de 1931, y pese a que todo me pide que lo deje estar, que lo olvide, que no le dé más vueltas al pasado, doy comienzo a lo que quizá sea la última historia de Sherlock Holmes que salga de mi pluma. Estamos en un siglo que ya no es el nuestro, sin la menor duda: los coches de caballos han desaparecido de las calles de Londres, los aviones y zeppelines cruzan el cielo, una guerra espantosa nos separa de nuestra época, y el mundo ha cambiado de tal manera que nada me resulta ya reconocible. Sherlock Holmes y yo pertenecíamos al siglo XIX y creo que también nuestros lectores. Es por tanto posible que no haya ya nadie interesado en leer lo que me dispongo a contar. No importa; la recompensa del escritor, del cronista, del biógrafo, es su propio trabajo. Lo demás es accesorio.

Hace tiempo que me he desvinculado del mundo literario londinense, y con la muerte de mi agente el aislamiento se ha hecho mayor. Tal vez no encuentre editor para esta historia. Eso, sin embargo, no hará vacilar mi pluma, como no lo hizo nunca en todos los años que tuve el privilegio de compartir la vida del hombre más extraordinario, inteligente y bondadoso que he conocido.

JOHN H. WATSON, M.D.
(Antiguamente del 5º de Fusileros de Northumberland)
Londres, mayo 1931

CAPÍTULO PRIMERO

EL EXPLORADOR QUE NUNCA EXISTIÓ

Cuando me levanté aquella mañana, Holmes ya estaba en pie desde hacía un buen rato. Sobre la mesa de la sala de estar yacía su desayuno, devorado a medias, y mi amigo se apoyaba en el quicio de la ventana, con el periódico doblado bajo el brazo y una expresión en el rostro afilado y seco que yo conocía bien.

—¿Ocurre algo, Holmes? —le pregunté mientras me sentaba a desayunar.

—Eso quisiera saber, Watson —dijo, alejándose de la ventana y tendiéndome el periódico—. La página tres, segunda columna.

Mientras untaba mis tostadas con mantequilla le eché un vistazo a la noticia que Holmes me había señalado. Era el anuncio de una conferencia sobre las costumbres tribales de los bosquimanos africanos, por parte del explorador noruego Sigurd Sigerson, residente en Londres desde hacía algunos meses. No me pareció un acontecimiento especialmente merecedor de que mi amigo le prestase atención, y así se lo dije.

—Realmente —me respondió Holmes con una sonrisa—, su memoria flaquea. ¿No le dice nada ese nombre de Sigerson?

Traté de hacer memoria. El recuerdo acudió a mi cabeza enseguida, y lo habría hecho inmediatamente después de leer la noticia si no me hubiera encontrado aún en los umbrales del sueño. Hacía casi un año que Holmes había reaparecido en mi vida después de tres durante los que le había dado por muerto. En el instante de nuestro reencuentro, que yo narré luego bajo el título de “La aventura de la casa deshabitada”, Holmes me dijo que se había pasado buena parte de aquellos tres años bajo la personalidad supuesta de Sigerson, explorador noruego.

—Es cierto —dije en voz alta—. Entonces, ¿existe un Sigerson real cuya identidad usó usted?

Holmes me lanzó una fría mirada de dignidad herida. Como de costumbre, reaccionaba como un niño malcriado cada vez que, inadvertidamente o a propósito, alguien hería su vanidad.

—Mi buen Watson —dijo con toda la solemnidad de que era capaz—, nunca, que yo sepa, ha existido ningún explorador escandinavo con ese nombre. Fue un disfraz para mí, uno de tantos, y créame que no habría sido tan irresponsable para disfrazarme de alguien ya existente, con el consiguiente riesgo de que mi fraude fuera descubierto.

Lo que mi amigo decía tenía sentido, y me maldije a mí mismo por no haber caído antes en la cuenta.

—¿Entonces? —pregunté extrañado, señalando el periódico.

—Ahí está el meollo de la cuestión. Si Sigerson no ha existido nunca, ¿cómo es que ahora aparece de la nada para impartir una conferencia sobre las costumbres de los bosquimanos?

No respondí. El asunto me intrigaba tanto como a él mismo. Holmes recogió el periódico y volvió a repasar la noticia, mientras una débil lucecita roja comenzaba a encenderse en mi cabeza.

—La conferencia se celebrará esta tarde, a las seis. Creo que no estaría de más que hiciéramos acto de presencia.

—¿Cree que puede haber peligro? —dije, dando salida a mis temores.

—Mi querido amigo, nada hay tan peligroso como la misma vida. Sin duda será interesante. Más no le puedo decir.

Terminado el desayuno, leí la reseña con más tranquilidad. En ella se afirmaba que Sigerson era uno de los pocos blancos que habían hablado con el Gran Lama del Tibet, además de haber conseguido, disfrazado de árabe, introducirse en La Meca y contemplar la famosa piedra negra de la Kaaba. Todo aquello coincidía punto por punto con lo que Holmes me había contado un año atrás sobre sus andanzas. No podía ser, desde luego, una coincidencia. Aquel hombre, fuera quien fuese, había adoptado la personalidad de Sigerson para atraer a Holmes. Así se lo hice notar a mi amigo.

—Sin duda, Watson. Es más que probable que sea una trampa. Si no quiere venir lo entenderé, por supuesto.

Ahora fue mi turno de parecer ofendido.

—Holmes, me hiere usted. Nunca lo he dejado enfrentarse solo al peligro y no voy a hacerlo ahora.

El rostro afilado de mi amigo se iluminó brevemente con una sonrisa.

—No esperaba menos de usted, Watson.

De esta forma se nos fue pasando la mañana, mientras yo me enfrascaba en la lectura del último libro del señor Machen, recomendado por mi agente literario, y Holmes alternaba un par experimentos químicos con algunas improvisaciones de violín.

En aquellos momentos, mi amigo no tenía ningún caso entre manos, y más de una vez me había expresado su aburrimiento. Con esa gruesa ironía que lo caracterizaba, llegó a lamentarse en más de una ocasión por la falta de crímenes en nuestra ciudad.

—Entiéndame bien, Watson —solía decir—, no abogo por un aumento de nuestra población criminal. Sin duda ésta ha crecido lo suficiente en los últimos años. No se trata tanto de la cantidad de crímenes que se cometen como de la... calidad, podríamos decir, de éstos.

—Pero Holmes —le respondía yo, divertido ante la forma que tenía mi amigo de contemplar la delincuencia—. Supongamos que sus deseos se cumplen y Londres se llena de crímenes ingeniosos, inteligentes y misteriosos. ¿Qué ocurrirá cuando usted se retire?

Invariablemente Holmes enarcaba una ceja ante mi pregunta:

—¿Qué le hace suponer que algún día voy a retirarme, doctor?

—Bien —decía yo, cada vez más perplejo ante el giro que daba la conversación—, incluso aunque no desee hacerlo, tarde o temprano tendrá que rendirse a la evidencia de la naturaleza. Al fin y al cabo, somos criaturas mortales.

—¿De veras? Quizá no debería apresurarse tanto en hablar por los demás, amigo mío.

Invariablemente tomaba sus últimas palabras como una broma. Y sin embargo, siempre quedaba dentro de mí el rescoldo de la duda. Es cierto que a la postre Holmes se retiró de su actividad como detective consultor, pero no me resulta difícil imaginármelo en años venideros, cuando yo haya abandonado ya este mundo, caminando por entre sus panales y sonriendo con cierta picardía cada vez que recuerde mi osadía al calificarlo de «criatura mortal».

En cualquier caso, nada de esto es relevante para lo que estoy narrando, y pido perdón al lector por ello. Me temo que no puedo huir del característico vicio de la vejez de embarcarse en rememoraciones interminables. Intentaré evitarlas en las páginas que siguen, pero no puedo prometer que vaya a conseguirlo.

Volviendo a mi narración, por la tarde llamamos a un hansom y en él nos encaminamos al lugar de la conferencia, en un club no demasiado conocido de Pall Mall, del que ninguno de los dos era socio. En el artículo, sin embargo, se había afirmado que la entrada sería libre para todo aquél que estuviera interesado, así que no contábamos con que nadie nos pusiera el menor impedimento.

A las seis menos cuarto cruzábamos las puertas del Antropos Club. Esperábamos una asistencia escasa y compuesta por individuos más bien excéntricos y no muy conocidos, habida cuenta del tema de la charla. Cuál sería nuestra sorpresa al encontrar en el salón principal un nutrido público que parecía muy interesado en la conferencia del supuesto Sigerson. Vi algunos rostros familiares, miembros de la comunidad literaria de Londres, con la que yo no tenía demasiado trato, pero a cuyos principales integrantes conocía de vista. Reconocí también a Isadora Persano, el famoso periodista y espadachín no menos célebre, cuya figura esbelta y atildada se me hizo enseguida inconfundible entre el público. Iba a comentárselo a Holmes cuando éste se me adelantó, diciéndome:

—Caramba, Watson. Si no me equivoco aquí tenemos a su voluminoso agente literario.

Miré hacia donde él me indicaba y, en efecto, aquella figura fornida y enorme cuyas espaldas yo contemplaba sólo podía pertenecer al bueno de Arthur Conan Doyle. Hablaba con un individuo de mediana edad, algo cargado de hombros y maneras ligeramente pomposas que no hacía más que mirar a su alrededor como si todo aquello le perteneciera. A su lado, ligeramente retrasado, como adoptando una pose subordinada, casi servil, había un joven de mirada esquiva que, de forma instintiva, me resultó antipático al primer golpe de vista. Había en sus maneras algo de reptilesco, sinuoso y taimado que me hizo sentir a disgusto con sólo posar la mirada sobre él.

—¿No va a saludarlo, doctor? —me preguntó Holmes, con un brillo socarrón en los ojos, sacándome de mis pensamientos.

No pude evitar una sonrisa. Arthur Doyle sentía verdadero pánico ante la presencia de Holmes (algo de lo que éste era perfectamente consciente y que incluso explotaba a veces), lo que no dejaba de resultar paradójico si tenemos en cuenta que buena parte de sus ingresos, como mi agente literario, se los debía indirectamente a mi amigo y a sus portentosas facultades. Pocas veces se veía capaz de intercambiar con Holmes más allá de media docena de palabras sin empezar a tartamudear y ponerse nervioso. No era eso lo que me sorprendía, sin embargo; al fin y al cabo era una reacción que he podido ver en otras personas en presencia del gran detective. No, lo curioso era el hecho de que en más de una ocasión había sorprendido un brillo de rencor, de resentimiento mal disimulado, en los ojos de Doyle cuando Holmes estaba presente. En cualquier caso, las buenas maneras imponían que me acercase a él y le hiciera notar nuestra presencia allí.

Sin embargo, tal encuentro tuvo que posponerse. En aquel momento se abrió una puerta en un lateral de la sala y entraron por ella tres individuos. Uno de ellos, que había dejado los cincuenta algún tiempo atrás, vestido con ridícula afectación y pavoneándose a cada paso, no podía ser otro que el presidente o el secretario del club. Intercambió una mirada con el hombre que estaba hablando con Arthur Doyle y luego, tras un ademán de indecisión, dio paso a los otros dos individuos. Uno era alto y fornido, de facciones afiladas, rostro pálido y pelo rubio oscuro, con una pequeña barbita de chivo y dos ojos azules e inquisitivos; sus ademanes tenían un no sé qué de crispados, como si desconfiara de lo que pudiera pasar al momento siguiente. El parecido con Holmes (a pesar de su mayor envergadura física) se me hizo evidente al primer golpe de vista: aquél tenía que ser el supuesto Sigerson. Finalmente, cerrando la marcha venía un hombre joven: no tendría más de treinta años, si es que había llegado a ellos, era ligeramente más bajo que el explorador noruego, y tenía un pelo tan rubio que parecía casi blanco. Una media sonrisa entre triste y mordaz parecía instalada permanentemente en la comisura izquierda de su boca.

En el momento mismo en que los tres hombres cruzaron la puerta, estalló una salva de corteses aplausos por parte del público. El presidente del club se hinchó todavía más dentro de su traje afectado y, con una leve inclinación de cabeza pidió silencio. Cuando éste se hizo, dijo:

—Caballeros, no saben cuánto me alegra ver tantas personalidades del mundo intelectual, científico y artístico londinense reunidas en esta sala esta noche. Nuestro club, aunque modesto, siempre ha hecho gala de promocionar lo más noble de entre las actividades humanas, como proclama ya desde su mismo nombre. No en vano han hablado entre estas venerables paredes músicos, poetas y científicos. Sé que en su momento, muchos de nuestros socios lamentaron que el señor Richard Francis Burton declinara compartir con nosotros sus experiencias en el Oriente. Puedo decirles, no sin cierto orgullo, que el hombre que hoy aquí les presentamos nada tiene que envidiar al señor Burton, y puedo afirmar con tranquilidad y sin temor a equivocarme que ha llegado tan lejos como él e incluso ha estado en lugares que nuestro explorador patrio no osó pisar. Así pues, no puedo por menos que decir que resulta para mí un tremendo placer presentarles a un hombre excepcional, de probado valor y erudición más que demostrada, el primer europeo que ha hablado con el Gran Lama, el único occidental que ha podido ver la piedra negra de la Kaaba, en fin, el más audaz y exitoso de los exploradores. Caballeros, con ustedes Sigurd Sigerson.

Una nueva salva de aplausos y el supuesto explorador se adelantó un par de pasos mientras inclinaba la cabeza. Luego, todos tomamos asiento, y la exposición sobre las costumbres de los bosquimanos dio comienzo.

Inútil sería que el lector me pidiera un resumen de las ideas que aquel hombre de hablars ampulosos y gestos vacilantes dejó caer sobre nosotros durante poco menos de una hora. Temo haber dormitado un par de veces y sólo un oportuno codazo de Holmes me salvó de caerme del asiento. Recuerdo vagamente haber oído algo sobre que dormían en el suelo, de lado y apoyados en su codo derecho, con la cabeza descansando sobre ese mismo hombro, aparentemente para evitar que los insectos les entrasen en los pabellones auriculares. Bien pudiera ser verdad: jamás he visto un bosquimano y no he tenido ocasión de comprobarlo por mí mismo. Era evidente, eso sí, que nuestro conferenciante no era inglés: si bien hablaba nuestra lengua con fluidez, ciertos giros me resultaban un tanto extraños, y un ligerísimo acento lo identificaba sin duda como extranjero. Por supuesto, eso era algo obligado, si el impostor quería llevar adelante la impostura con un mínimo de seriedad.

Terminada la conferencia se inició un breve turno de preguntas de las que poco pude comprender, y menos aún de las respuestas. De pronto, para mi sorpresa, Holmes se levantó y, con voz clara, dijo:

—Sin duda el señor Sigerson, durante sus anteriores viajes por el Tibet, habrá asistido a la famosa ceremonia de los lamas durante la cual el gran incensario del monasterio es agitado por los monjes, alcanzando, en sus oscilaciones, velocidades de verdadero vértigo. Me gustaría oír, si no fuera una molestia, una descripción de la ceremonia.

Vi cómo uno de los rostros del público se volvía hacia nosotros y enseguida se crispaba en una mueca de verdadero pánico. Era, por supuesto, el doctor Doyle, fácilmente reconocible por su enorme bigotazo de morsa, que temblaba de forma ostensible en aquellos momentos. Casi inmediatamente, sin duda temeroso de que Holmes lo reconociera, volvió de nuevo la vista al frente. El hombre que lo acompañaba giró apenas la cabeza y durante unos segundos dos ojos a mitad de camino entre el interés y la alarma se clavaron en mi amigo. Junto a él, el joven de aspecto reptilesco (y me di cuenta entonces de que en realidad era poco más que un muchacho, difícilmente habría llegado a la veintena) permaneció inmóvil y ni siquiera reaccionó cuando el otro hombre se inclinó hacia él y le murmuró algo al oído.

Entretanto, el conferenciante se había aclarado la garganta e inició una respuesta un tanto embrollada en la que afirmaba no haber estado en el monasterio en la época de la ceremonia, pero desde luego había visto el incensario y era una verdadera obra de arte, que pasó a describir pormenorizadamente hasta el más pequeño de sus relieves y filigranas. El joven rubio sentado a su lado ensanchó su media sonrisa y un fulgor divertido asomó a su mirada.

Poco después la conferencia llegaba a su fin y el secretario del club (o quizá su presidente, nunca llegué a saberlo) nos despedía con un amanerado y pedante discurso de agradecimiento, para luego descender del escenario y encaminarse hacia donde estaba el acompañante del doctor Doyle. Vi también cómo algunas personas de entre el público se acercaban a hablar con Sigerson, entre ellas mi agente literario. Intercambié una mirada con Holmes, interrogándole en silencio sobre qué hacer a continuación. Mi amigo se encogió de hombros y me hizo una seña de que abandonásemos el local. Sin embargo, se

detuvo a mitad del gesto y, durante unos segundos permaneció completamente inmóvil, con la vista clavada frente a él, los ojos entrecerrados y las facciones sumidas en la concentración

Seguí la dirección de su mirada. El joven rubio que había acompañado al falso Sigerson se acercaba al muchacho que me llevaba inquietando toda la noche e intercambiaba con él un par de frases, siempre con una media sonrisa, ligeramente sardónica, torciéndole el lado izquierdo de la boca. Su interlocutor no reaccionó muy bien ante lo que el otro le decía, pareció por unos segundos al borde de la indignación y finalmente optó por dar media vuelta y acercarse al hombre pomposo que acompañaba a Doyle y del que, por lo visto, era una suerte de secretario o ayudante. Aunque sus maneras obsequiosas más bien lo hacían parecer un lacayo.

El joven rubio se quedó solo y, sin perder la media sonrisa, se dispuso a dar media vuelta y regresar al lado de Sigerson. Pareció reparar repentinamente en nosotros e inclinó la cabeza, me pareció, en dirección a Holmes. Mi amigo le devolvió el saludo y ambos dejamos la sala. No tardamos en encontrar un coche y pronto volvíamos a Baker Street.

—¿Qué opina usted, Watson? —me preguntó mi amigo.

A nuestro alrededor se iba desplegando el bullicioso Londres nocturno. Los clubes más importantes de Pall Mall se iban llenando, al igual que los teatros de variedades, varias calles más allá. Los coches de caballos traqueteaban de un lado al otro, llevando viajeros de toda clase y circunstancia a sus citas nocturnas.

Sabía bien lo que Holmes me preguntaba. Sin embargo, fingí haber interpretado de otro modo su pregunta y respondí:

—No he entendido una sola palabra de la conferencia, si se refiere a eso.

Holmes sonrió apenas.

—Es un actor —me dijo—, y no muy bueno, o al menos no demasiado bien documentado. Su acento no tenía mucho de escandinavo, si sé algo de esas cosas. Y, por supuesto, los lamas del Tibet jamás han usado un incensario como el que nuestro amigo Sigerson ha descrito.

—Un impostor, por tanto.

—Sí, pero eso ya lo suponíamos, ¿no? Lo que no comprendo es lo que pretendía con eso. Un impostor que finge ser alguien real es lógico, pero un impostor que se hace pasar por otro impostor es ridículo.

—¿Y qué piensa hacer ahora?

—Tengo que hablar con él, desde luego. Y hay una forma.

—¿Cuál?

—Su amigo el doctor Doyle, por supuesto. Parecía conocerlo. De hecho, el buen doctor parece tener conocidos de lo más interesantes.

Evidentemente se refería al individuo pomposo que se había sentado a su lado durante la conferencia y a su joven acompañante de aspecto reptilisco y ademanes obsequiosos. Holmes parecía saber quiénes eran, pero vi con claridad que en aquel momento no pensaba decirme nada.

—Creo que sería conveniente que mañana lo llamara y le dijera que estamos interesados en hablar con el famoso explorador noruego.

—Como quiera, Holmes. —Quedé pensativo unos instantes—. Lo que realmente me ha intrigado de todo esto... —Dudé un momento. Como he dicho, me parecía claro que Holmes no me contaría nada sobre los misteriosos acompañantes de Doyle. Así que a mitad de la frase, cambié de objetivo, tratando de hacerlo con la mayor naturalidad posible—... es el joven que estaba al lado de Sigerson durante la conferencia. ¿Quién será?

Había elegido a aquella persona únicamente para salir del paso, un disparo al azar después de haber decidido no mencionar a quien realmente me interesaba, así que pueden imaginarse mi sorpresa al ver cómo los ojos de Holmes brillaron ante mis palabras.

—Ah, una excelente pregunta, mi querido Watson. Excelente, sin duda.

Nada más dijimos durante el viaje.